

Título: EL PAQUETE

Escrito por: Cristián Londoño Proaño

Dirección: Condominios "Los Arupos" Cs. 2
Calle Josefina Barba y Los Cipreses
Sector Capelo - San Rafael
Quito - Ecuador

Móvil: +593 9 87252405

web: www.cristianlondonoproano.com

E-mail: contacto@cristianlondonoproano.com

©Cristian Londoño Proaño, 2018

Palabras: 2.376

El paquete

Vivo junto con mis abuelos en una hacienda en una población de la costa ecuatoriana llamada: Buena Fe, que queda a una hora y media de la capital provincial y a siete horas de Quito. Mis abuelos me adoptaron cuando tenía cinco años, porque mis padres murieron en un lamentable accidente de tránsito. Crecí junto a ellos, entendiendo el negocio familiar. Mi abuelo Carlos se dedica a la siembra y el cultivo de varios productos como tomates y bananas. Todavía, mantiene algunas técnicas agrarias antiguas como el cultivo hidropónico. No ha comprado robots para automatizar la recolección de la cosecha. Prefiere contratar a pobladores de las comunidades vecinas para que hagan el trabajo.

Es mediodía y llueve a cántaros. Desde hace tres días que no ha parado de llover. Estoy en mi habitación escuchando música electrónica y enviando por correo electrónico mi última tarea del semestre.

—Su abuela le pide que acuda al almuerzo —indica Rita, la asistente virtual.

—Gracias, Rita —digo.

Salgo de mi habitación. Camino por el corredor. En las paredes están colgadas las fotografías de los antiguos cacaotales que cubrían gran parte de la hacienda.

Mis abuelos y yo nos sentamos en la mesa. Mi abuela Rosa se esforzó en prepararnos comida con los productos propios de la hacienda. Hizo un arroz con pollo estofado. Me gusta el toque tradicional ecuatoriano de la comida de mi abuela. Ella mantiene las recetas que las aprendió de su madre. Trata de prepararlas igual que la receta original, aunque algunos ingredientes no los dispone, porque han dejado de producirse y le toca incorporar otros.

En la cabecera de la mesa, mi abuelo Carlos come una cucharada con un trozo de pollo. Lo mastica, lo traga y luego se queda mirando hacia la ventana. Admiro su cabello canoso y sus ojos verdes, su nariz ancha y la boca fina. En sus ojos verdes puedo percibir mucha frustración. Una frustración que la entiendo totalmente. Empezó hace dos años. Era una madrugada. Dos golpes secos en mi puerta me hicieron despertar.

—¿Lucas? —escuché la voz de mi abuela.

Me desperecé. Todavía estaba oscuro en mi habitación. Revisé la hora en mi celular de cristal. Las cinco de la mañana. Era muy temprano.

—Dime, abuela —dije, despertando.

Mi abuela abrió la puerta despacio. La Luz del corredor se filtró levemente en mi habitación.

—Rita, luces —indiqué a la asistente doméstica.

Las luces se encendieron. Mi abuela entró en mi habitación. El cabello castaño, canoso, los ojos verdes y la boca rosada de mi abuela lucían angustiadas. Algo urgente había pasado.

—¿Pasó algo? —dije.

Mi abuela se acercó, me tomó de la mano y me dijo:

—Tu abuelo...

Me incorporé apresurado. Me había asustado las palabras de mi abuela.

—¿Qué le pasó?

—Está bien —dijo despacio la abuela, luego gimió y dijo pesadamente:—.

Sino que...

Quizás lo intuía, pero no quiso decirme la noticia.

—Otra vez, falló —anunció mi abuela.

¿Falló?, me repetí. Conocía a lo que se refería. Lo importante que había sido el proyecto que había emprendido. Mi abuelo decía que era un soñador. Así se definía. Me había recordado a mi difunta madre. Los leves recuerdos que tenía de mi madre eran sobre su increíble manera de alentar a mi padre en sus innumerables proyectos. Yo había estado a lado de mi abuelo en el proyecto.

Durante varios días lo había acompañado al campo, había recorrido la propiedad, comprobando que las condiciones se cumplieran para que la planta creciera sana y diera sus frutos, que no fallara nada. Pero, ¿qué había fallado?

—¿Dónde está, mi abuelo? —pregunté angustiado.

—En el comedor, Lucas —respondió mi abuela.

Caminé, lo más rápido que pude, hacia el comedor. Mi abuelo estaba sentado en la cabecera. A un costado estaba la planta. Se le notaba que se había atrofiado y se había podrido. Me acerqué, me senté en una silla y le dije al abuelo:

—¿Qué pasó?

—No logró sobrevivir, Luquitas —tomó el fruto en sus manos y agregó:— cada vez que intento que el cacao renazca, se produce esto. Sólo quiero tener una planta fuerte y que sobreviva al clima... Quiero plantar cacao igual que el abuelo del abuelo de mi abuelo, quiero que los cacaotales crezcan en mi tierra. ¿Acaso es un deseo muy grande?

A partir de esa madrugada, la frustración de mi abuelo creció. No podía dedicar parte de sus cultivos a la producción de cacao, como lo habían hecho sus antepasados, debido a que la semilla *theobroma cacao* estaba extinguiéndose. Aún recuerdo con mucha tristeza cuando algunos medios informativos contaron que el chocolate era un placer que pasaba a la historia y, paulatinamente, se convertía en un lujo. Había muy poca producción y en los

próximos años se esperaba que se desapareciera totalmente. Debido a que la semilla *theobroma* no había soportado el cambio climático, ni los hongos y peor los insectos. Los principales productores como Costa de Marfil, Ecuador y los países centroamericanos tenían sus cultivos diezmados. Los esfuerzos que hizo una empresa norteamericana en la primera década del siglo XXI por salvarla, no habían tenido el éxito esperado. Así que la semilla estaba condenada a extinguirse. Pero mi abuelo estaba convencido que podía lograr el milagro mediante sus técnicas. Mi abuelo había intentado cultivar a la semilla, mediante varios métodos. No había tenido éxito. Esto lo llenaba de frustración, porque se sentía impotente, no cumplía el legado de sus antepasados. Le parecía que había fallado en su legado, pero mi abuelo no entendía que el cambio climático había afectado al mundo entero y a todas las actividades humanas.

Vuelvo en mí. El abuelo voltea su mirada, coge una cuchara de su comida y se la mete en su boca. Mis abuelos y yo comemos en silencio, degustando el maravilloso arroz graneado y el estofado de pollo aderezado con cebolla y ajo. Mi abuelo acaba de comer su plato, lo deja a un lado y dice:

—Algunas de mis plantas se morirán. Este clima parece enemigo de los agricultores.

Mi abuela Rosa, que está sentada al costado izquierdo, detiene en el aire su cucharada llena de arroz, mira al abuelo y dice:

—No te enojas, hombre... Mejor aliméntate.

Luego, mi abuela gira su rostro, me mira con mucha ternura y me pregunta:

—¿Cómo te va en la universidad, Lucas?

Por un instante, recuerdo que fue hace dos años, en el 2049, cuando decidí que estudiaría en una universidad extranjera, a pesar que mi abuelo Carlos me dijo que le parecía que era una institución muy lejana.

—Ahora las universidades están más cerca —le dije en aquella ocasión al abuelo cuando paseábamos entre los cultivos hidropónicos de tomate.

—¿A qué te refieres? —me preguntó el abuelo, cortando un tomate con sus manos.

—Todas las universidades tienen campus virtuales y la mayoría tienen sólo clases semipresenciales —le contesté—, por eso digo que están más cerca, puedes pasar estancias cortas en su campus real, pero la mayor parte del estudio se lo hace en el campus virtual.

—¿En todas las carreras?

—No, sólo en algunas carreras. Por ejemplo, en comunicación las clases son cien por ciento virtuales, pero en carreras científicas hay una mezcla de ambas modalidades... Además, el nivel de investigadores de la universidad me parece interesante. He leído algunos escritos de ellos y me parecen rigurosos y serios.

Le convencí a mi abuelo y decidió apoyarme. Luego, rendí el test virtual de habilidades de la universidad, y el test de conocimientos. Apliqué para la beca. Fue una satisfacción enorme cuando me enviaron el correo electrónico con la admisión. Luego me inscribí y me enviaron a mi correo electrónico el pènsun individual en biotecnología genética. Entusiasmado, asistí a las primeras clases, conferencias y charlas en el campus virtual de la universidad. Me puse mis gafas virtuales y mis guantes sensoriales. Ingresé la clave de mi avatar y me transporté al campus de la universidad. En la entrada hubo un arco de cemento y en la parte superior estaba el nombre de universidad. Ingresé por un sendero. A los costados había varios jardines con flores de varios colores y árboles frutales. Era impresionante el detalle de cada gráfico, lo convertía en real. Al fondo del sendero estaban tres edificios. El primer edificio era de estilo barroco, donde estaban las oficinas administrativas de la universidad. Los otros dos edificios restantes tenían modelos más atrevidos y modernos, donde estaban las aulas y los laboratorios.

En las clases virtuales, los avatares de los profesores lograban introducirte en el ambiente de la materia que impartían. Por ejemplo, el profesor de historia de la ciencia. Había creado un ambiente virtual del siglo XIX y enseñaba sobre los científicos de esa época. Se podía charla con el propio Darwin y explicaba su Teoría de la evolución de las especies.

En los laboratorios virtuales había robots humanoides que, por una parte, daban indicaciones de los experimentos obligatorios que se debía de realizar; y por otro lado, apoyaban en el proyecto personal de investigación.

Las clases presenciales, también me motivaban, la mayoría de clases se las desarrollaba con realidad aumentada. Por ejemplo, el profesor de genética hizo una actividad didáctica en que se miraba la estructura del ADN y se podía alterar las cadenas con las propias manos.

Gracias a mis altas calificaciones pude aplicar para ayudante del laboratorio de agricultura genética. Una parte de mi trabajo en el laboratorio lo hacía en el campus virtual y otras en mis visitas a la universidad.

Retorno a mi presente. Observo el rostro dulce de mi abuela y respondo a la pregunta:

—Muy bien, abuela.

El abuelo sonrío y me atiende admirado.

—Me gusta mucho mis clases presenciales —cuento emocionado—. En el aula tengo compañeros chinos, malayos, finlandeses y árabes.

—¿Y cómo te comunicas con todos? —pregunta el abuelo—. ¿Todos hablan inglés?

—Ahora es diferente, abuelo —respondo—. Todos usamos nuestros audífonos traductores. No hay problema que hables en tu propio idioma. El audífono hace que escuches en *tu idioma*.

—Maravilloso —dice la abuela—. Si hubiese habido en mi tiempo, seguro no hubiese estudiado inglés.

—¿Y cómo desarrollas tu trabajo en el laboratorio? —dice mi abuelo.

Tomo un sorbo corto de agua.

—Algunos procesos se han automatizado —contesto—. Los robots y la inteligencia artificial han ayudado en los laboratorios de la universidad. Muchos procesos que podían durar meses, se han acortado a semanas, y creo que, en los próximos años, se acortarán a días.

En ese momento suena el timbre de la casa. Rita, la asistente virtual doméstica, nos informa que hay una persona en la puerta, que quiere verme.

—Gracias, Rita —dice mi abuelo.

—De nada, Don Carlos —dice la asistente virtual.

Rita es una de las pocas adquisiciones tecnológicas que mi abuelo ha dejado que se instalaran en la casa de hacienda. Son pocas las cosas tecnológicas que le gustan, ya que la mayoría las considera una aberración. Todavía tiene un viejo iPhone, que no lo ha cambiado por nada. A pesar que los celulares de cristal son ultraveloces.

—¿Quién será? —pregunta la abuela.

—El hombre dice que es un mensajero —informa Rita.

—Gracias, Rita —dice mi abuela.

—Le doy algún mensaje —pregunta Rita.

—Ninguno, Rita —digo—. Ya salgo.

Me incorporo ante la mirada atenta de los abuelos. Quizás intuyo de lo que se trata.

Camino por el pasillo de la casa de hacienda. Tomo un paraguas del perchero. Salgo por la puerta. Abro el paraguas y camino por el sendero de tierra. Al fondo diviso las plantaciones de banana. Me pongo a pensar que, quizás, si sé qué tipo de paquete voy a recoger. Aquel paquete lo he esperado con mucha expectativa. Es el resultado de lo que empece hace dos años.

Abro la puerta y miro el rostro del mensajero. Es un muchacho joven de cabello castaño, ojos cafés y nariz ancha. Tiene un gorro rojo con el logotipo de la compañía de entrega inmediata, sostiene un paquete cuadrado en sus manos.

—Lucas Mendoza —dice el mensajero.

—Yo mismo —respondo ansioso.

El muchacho saca un aparato y dice:

—Mire a la luz roja, por favor.

El muchacho coloca el aparato frente a mis ojos y escanea mis retinas. Comprueba mi identidad y me entrega el paquete. En el remitente dice el nombre de mi universidad. Le agradezco al muchacho y nos despedimos.

Entro en la hacienda, sosteniendo en mis manos el paquete que me ha llegado de la universidad y dejando el paraguas colgado en el perchero. Pienso que trabajé bastante en el proyecto. Me dediqué muchas horas en los

laboratorios virtuales y en los laboratorios en la universidad. Aunque sólo fui un ayudante, apoyé y ayudé en el desarrollo del proyecto. Me involucré con mucho entusiasmo. En el laboratorio desarrollaban un nuevo genoma de la semilla del cacao. Los investigadores del laboratorio querían modificar la secuencia genética, cambiando los cromosomas móviles. De ese modo, la semilla sería más fuerte al clima. Resistiría a los cambios de temperatura, al exceso de lluvia, a los hongos y a los daños causados por los insectos. Recuerdo que uno de los investigadores dijo que el cacao resucitaría entre los muertos. Luego de que, los investigadores tuvieron las semillas diseñadas genéticamente, me ofrecí para plantarlas en la hacienda de mi abuelo. Los investigadores lo aceptaron y ahora, me enviaban el paquete a mi casa.

Llego a la sala. Mis abuelos están sentados en los sillones. Me siento en un sofá. Mis abuelos me miran con expectativa. Tomo el paquete en mis manos, saco el envoltorio, luego abro la caja y tomo la cápsula hermética.

—¿Qué es? —dice mi abuela.

Sonrío. Mi abuelo también lo hace.

—No me digas que es...

—Sí, abuelo... Son las primeras semillas de cacao, modificadas genéticamente, desarrolladas en la universidad.

Mi abuelo toma con sus manos la cápsula, se incorpora del sillón y se dirige a la ventana. Ha escampado. Miro el rostro de mi abuelo. Sus ojos verdes

me devuelven la esperanza. Quizás sueña que, en algunos meses los cacaotales, volverán a crecer en nuestra hacienda de Buena Fe.